

**Valdés, Carlos Manuel, *Los bárbaros, el rey, la iglesia. Los nómadas del noreste novohispano frente al Estado español, Saltillo-Coahuila: Universidad Autónoma de Coahuila, 2017. 451 páginas con ilustraciones.***

El libro propone una “visión” documental mediada de los documentos españoles a los extintos indígenas del Noreste de la Nueva España colonial entre los siglos XVI y XVIII.

Se trata de un título distinto y a la vez similar a otros de historia de América. Diferente porque fue elaborado por una persona que conoce de lo que habla a través de un activismo social en la región que estudia y con quienes lo hace: los indios. Similar, porque se inicia con lo que todo buen trabajo de investigación histórica debe tener: la metodología.

Respecto de esta, se pregunta “¿por qué este libro?” y formula un abordaje similar al que planteara Wachtel en su estudio de los urus de Bolivia. Comienza con una explicitación autobiográfica de un conocimiento y reconocimiento de lo indígena en el Noreste de México como activista social. A partir de allí, primero se exponen las fuentes documentales en la tarea común a la de muchos historiadores de “ordenar” y porque no “construir” un archivo histórico, en este caso sobre los indios. Por lo que no extraña entonces que a la metodología propuesta por el autor, adose una saludable crítica de fuentes “Con documentos y vestigios intentaré reconstruir el pasado indio del noroeste mexicano, desconfiando siempre de lo que parecen informar” (21).

En la Introducción el autor se posiciona metodológicamente en las dificultades de hacer una historia indígena con fuentes no indígenas. Apela a la arqueología y reconoce en los documentos utilizados la dificultad antedicha para desarrollar la historia de los nómadas del área semidesértica del norte mexicano. Teniendo en cuenta distintas teorizaciones modernas y posmodernas de las ciencias sociales, como la aproximación sociológica de la subalternidad y de la adaptación en resistencia, de la crítica del discurso, y del registro etnográfico revisado y distinguido del etnológico. Un conjunto de aproximaciones y distinciones metodológicas utilizadas por el autor para validar una aproximación histórica de una realidad negada, por lo explotador y esclavista que fue (35-41).

En esta misma sección precisa las fuentes del estudio y realiza una extensa crítica teórica desde las aproximaciones en boga sobre análisis de discurso del significado, discursividad y realidad de fuentes escritas elaboradas para ser leídas en un contexto de relaciones de poder y de dominación colonial, que construyen al otro como tal.

Revisa el calificativo de “bárbaro”, término que alude al “otro construido”, documental, historiográfica, teórica y realmente prefigurado como tal: los bárbaros, salvajes, chichimecas, nómadas del noroeste novohispano. Se trata de un actor que describe en tres secciones: los indígenas como aborígenes nómadas, los indígenas como indios bárbaros frente a la corona, y en un tratamiento particular, los indígenas como indios y la Iglesia. Secuencia que ya en sí es una propuesta teórica de análisis histórico relevante para la historiografía americanista, porque trasunta esta estructura del texto una propuesta de análisis desde un presente de ausencias como resultado de la explotación de los indígenas del México de los siglos XIX al XXI.

El primer capítulo titulado “Los aborígenes”, apelando a la arqueología y la mixtura epistemológica de lo que es la etnohistoria, desagrega los distintos aspectos que hacen a este complejo histórico previo a la conquista española. A partir de los estudios arqueológicos de las pinturas rupestres, lo artefactual y la continuidad de estos registros indígenas hasta la colonia, interpreta que también los españoles los utilizan (95). Y en el acápite subtítulo “Escribanos, descubridores y cronistas”, da cuenta de los actores que generan los documentos y las construcciones de lo que será el espacio indígena de Coahuila, la entidad étnica de dominación y conquista colonial de los chichimecas.

Esta primera parte del capítulo es la más extensa del libro y examina a los indígenas gracias a los estudios arqueológicos, registros etnográficos variados y fuentes históricas en la variedad de aspectos que hacían a su cultura, en un sentido integral. El análisis del agrupamiento al que pueden haber pertenecido los chichimecas (“Nación, sociedad, etnías...”). Identidad de estos aborígenes que por todas las fuentes es definida como un “otro” negativamente, tal como figura respecto de muchos grupos indígenas nómadas a lo largo y ancho de América.

Para referir a la entidad mayor de los nómadas, pasa a discurrir sobre la “len-

guas o las lenguas” de esta región que comprende Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Texas; lo que interpreta, de manera interesante, que los indígenas por su patrón nómada, compartieron usos lingüísticos propios, pero sin excluir otros derivados de sus viajes e intercambios como el náhuatl y luego el español (119).

El autor trata de demostrar –estimo– la complejidad cultural de estos aborígenes nómadas. Identificando el “Parentesco y la sexualidad”, la “Guerra”, la “Territorialidad”, la “Familia, tabúes y reparto”, la “Alimentación”, subtema al que más presta atención en este primer gran capítulo, la “Religión”, el “Canibalismo”, el “Infanticidio”, el “Poder”, el “Arte”, la “Tecnología”, y la “Muerte y más allá”. Concluye que esta etnografía histórica realizada es el marco para comprender la historia de estos indios y su relación con el Estado y la Iglesia español (198). Densa descripción cultural que sin duda nos permite aceptar la propuesta que los nómadas de esta parte de América antes de la conquista, fueron igual de desarrollados que otros pueblos en la configuración parental, la concepción de un territorio, la tecnología alimenticia, el arte, etc. El libro es un aporte para superar el prejuicio historiográfico que tradicionalmente se ha tenido respecto de los pueblos nómadas, y que en esta porción de América sin duda fue un prejuicio de los actores españoles que generaron fuentes sobre estos nómadas luego de hacer conocido a los sedentarios de la meseta central de México.

El segundo capítulo se titula “Los indios frente a la Corona”. En el que propone un “Enfoque” desde el actor indígena como constructor del “Estado” español y la sociedad que le corresponde, relación de constitución difícil en tanto las fuentes –siempre las fuentes en este libro–, no se preocupan por el actor constructor que al autor le interesa, lo soslaya, y hete aquí el gran problema que plantea para todo el libro.

A continuación, describe lo que llama “El encuentro”, que caracteriza como un proceso desarrollado desde 1528 y 1536 con la esclavización y exterminio de los indígenas chichimecas en un contubernio entre portugueses, judíos, hispanos tratables de piezas esclavas, misioneros y autoridades de diverso tipo; a lo que responderán los indígenas estratégicamente con conversiones. A esta etapa sigue la eufónica “pacificación”, en la que la caza de piezas para esclavizarse cambió a la explotación en el mismo espacio (237). En el terreno de la descripción de la conquista,

señala algo que no se suele tener en cuenta en los estudios de otras regiones de América: el rol de los indios como agentes conquistadores (que en este caso son los tlaxcaltecas). Según el autor, “más eficaces en el establecimiento del estado monárquico que los mismos españoles” (243).

Dentro de este capítulo el autor describe “Lo peculiar del Nuevo Reino de León”, en el sentido de un espacio pleno a la colonización de los siglos XVII hasta la mediados del XVIII en el que se desarrolló la mercantilización de la esclavitud indígena (251). Como resultado de este tipo de conquista regional se realizará una particular “Construcción del indio”, para de esta manera no solo realizar un maltrato y explotación legal, sino también uno legítimo (267). De esta manera se fue “Avanzando hacia el Norte” y la conquista se institucionalizó con misiones, encomiendas y nuevas ciudades en “tierra adentro” (273), que entre otras cosas trataran de establecer el “Control de cuerpos y espíritus”. Fundada la ciudad de Coahuila, se instituyó regiamente la institución de la encomienda, que como en otras regiones de los Reinos españoles de las Indias Occidentales, habilito la servidumbre lisa y llana de los indígenas.

En estos espacios constituidos como fronterizos, las instituciones coloniales terminaran tergiversándose en formas culturales como “La congrega”, especie de esclavitud explotadora de los nómadas por medio de la servidumbre familiar, posibles porque esa calificación y juicio habilitaba la sobreexplotación. Todo desarrollado en un juego en que “Indios y gobernantes” negociaban, algunos para sobreexplotar y esclavizar, otros para explotar, y unos pocos para argumentar otro tipo de conquista. Un contexto de “Geografía política y de geopolítica” como lo llama el autor, en el que reducción en misiones se superpone a los conflictos entre jurisdicciones eclesiásticas y los indígenas como actores de alguna manera, digo yo, víctimas de esos procesos por tener que vivir en el espacio y las jurisdicciones de gobierno y misionalización.

Luego de esta compleja y detallada descripción de cómo entre los siglos XVII y primera mitad del XVIII y con la proyección epistémica etnográfica de la no existencia indígena en el México actual de los siglos XX y XXI, el autor pasa a considerar en el tercer capítulo a “Los indios y la Iglesia”. Al respecto inicia con un “Estado de la cuestión” en el que plantea la idea que la Iglesia como institución y

sus agentes, actuaron en consuno con los intereses españoles y estatales, pero desde su propia ideología y constituyendo así un particular practica de servicio para y sirviéndose del Estado (314). En aras de establecer esta particularidad eclesiástica de la Iglesia católica, primero señala “Algunas visiones teológicas” en las que presenta en el marco de la primera y gran discusión acerca del carácter humano y evangelizable de los indios, la resignificación del mismo al entrar en relación el cristianismo con los nómadas, diversos en todos los aspectos. De allí que los sacerdotes, por ejemplo, se empeñaran en acciones de evangelización en la misma lengua y acciones a contrapelo de las disposiciones papales, obispaes y de la misma corona. Inaugurando en el periodo colonial el tipo de catolicismo propiamente mexicano que el autor como activista social viviera al conocer a los indígenas en la actualidad.

El autor aclara el marco general sobre el modo el que se interpretará la acción católica eclesiástica española en esta región de América y describe las acciones misionales de dos órdenes religiosas. Analiza “Las misiones de la Compañía de Jesús” que iniciaron el proceso de conversión en esta región fronteriza, a la luz de una visión en la que el demonio estaba presente tanto en la mente de los misioneros como en la de, supuestamente, los indios; y en un contexto menos mítico, en la disputa temprana con los intereses de propietarios y hacendados hispanos por el conocido desenvolvimiento mercantil jesuita, que de paso, y según lo da a entender el autor, este juego “interno” de lo hispano pudo haber incidido en la “desaparición” integrada de los indios nómadas (349).

La segunda orden es la de “Los franciscanos, trabajo parroquial y misionero”, que interpreta como distinto a la acción estatal española de militares; y reflexiona que la adhesión indígena nómada al sistema y estructura misional, fue una estrategia para sobrevivir al contexto ya descrito de la esclavitud y exterminación guerra española y estatal.

El libro concluye con el planteo general que la conquista Estatal fue explotadora y esclavista por la condición asignada nómada a los conquistados y esclavizados, quienes a su vez construyeron e identificaron en la globalidad de “blancos” a los conquistadores, explotadores y esclavizadores (377). Reafirmando la idea que la Iglesia, dentro del contexto de conquista, actuó paralelamente al Estado.

En síntesis, *Los bárbaros, el rey, la iglesia. Los nómadas del noreste novohispano frente al Estado español* se trata de una obra original necesaria para establecer comparaciones históricas con procesos de dominación y estrategias de resistencia indígena a lo largo y ancho del territorio americano entre los siglos XVI y XVIII.

Enrique Normando Cruz  
CONICET y Universidad Nacional de Jujuy